

Crítica literaria

Entre la vida cotidiana y la trascendencia

La primera impresión que me causó este libro fue de una gran originalidad en el fondo y en la forma. No se limita a reflejar una serie de libros o estudios que apoyan al autor pero también le alejan del lector que no percibe su alma, escondida tras la erudición, de quien ha escrito unas palabras sin calor.

Esta gran originalidad de fondo y forma puede expresarse también de manera muy diferente explicando la profunda intuición que aparece grabada a fuego en el corazón de Josep Otón. Él deja «que esta intuición aparezca en muchas páginas de su libro: corresponde a la criatura humana que partiendo de la vida diaria se vuelque hacia el Trascendente: hacia Dios que da fundamento, centro, compañía y sentido a la vida personal de cada uno».

El pensamiento y la intuición de Otón otorgan unidad al libro, muy bien construido:

Bajo la lluvia menuda de la Palabra de Cristo, brillan una serie de palabras extraídas de la vida cotidiana, pero en las que resuena el Evangelio, la Buena Noticia de la venida de Jesús al mundo: «Crisis, desierto, ayuno, ídolos e iconos, inocencia e ingenuidad, humilde y hu-

JOSEP OTÓN

La mística de la Palabra

Editorial Sal Terrae, 2014, 200 pág.

mildad, celos y envidia, empatía...»

Son palabras cercanas a la Buena Noticia del Hijo del hombre enviado por el Padre a nuestro mundo las cuales, a la vez, nos revelan y nos ocultan a Dios, que nos ha elevado hasta darnos otra perspectiva de la realidad (ver Introducción, p. 19).

Es que esta retahíla de palabras y valores forman parte de los relatos bíblicos, los cuales nos presentan «la profundidad de la vida humana. Por eso son fuente de inspiración: no hablan de lo que es etéreo sino de lo que es real, pero, iluminado por una luz que impregna de sentido el conjunto de la vida» (Introducción, p. 18).

Estas palabras extraídas de la vida humana real que hacen pensar en el Evangelio, en la Buena Noticia de la fe en Jesús enviado por el Padre, sitúan al lector entre la vida cotidiana y la trascendencia de Dios: «El Dios trascenden-

te no vive replegado en sí mismo, sino que, por el hecho de que el Amor sea su esencia, quiere ser cercano, próximo, al ser humano, especialmente al que sufre y es pobre y desvalido. Entonces se unen trascendencia e inmanencia» (p. 24).

Los místicos, para acabar, han visto el mundo como una gran «elipse» (es la última palabra del libro). Escrita por Dios y en la liberación llevada a cabo por Jesucristo. El hombre, sin embargo, con la ayuda del propio Dios, debe poner su interpretación de fe para completar totalmente el sentido:

- como los contemplativos que leen en la Creación la presencia de Dios;
- como los Magos que en la tenue claridad de la Estrella ven la presencia y la guía de Dios que nos acompaña en el camino hacia el Reino;
- como María, que guardaba todas las palabras (acontecimientos) en su corazón y las meditaba;

Josep M. Rovira

Belloso
Profesor emérito
de Teología



—como los místicos que contemplan y viven como Dios es el único que puede extraer bienes incluso de los males.

Qué alegría que un intelectual y escritor joven de casa haya hecho un libro tan sugerente.

Crítica teatral

Una hiriente apología del absolutismo

«EL PRESIDENT»,

de Thomas Bernhard.

INTÉRPRETES: Francesc Orella, Rosa Renom, Montse Pérez, Josep Julien, Daniela Feixas, Josep Costa y Sergi Misas.

DIRECCIÓN: Carme Portaceli. Sala Tallers, Teatre Nacional de Catalunya. Hasta el 28 de diciembre.

En realidad, el autor Thomas Bernhard (Heerleen, Países Bajos, 1931 - Ohlsdorf, Austria, 1989) habría hecho bien titulando esta obra: *El Presidente i la Presidenta*. Tal y como por aquí llamamos a una pareja de *gegants*. Porque los dos protagonistas de la obra sólo son eso: una pareja de gigantes del cinismo político y del cinismo del poder.

La obra *El Presidente* es una especie de oferta 2x1. Es decir: dos monólogos de notable duración (una hora cada uno), pero intensos, vivísimos, cargados de interrogantes, miradas interiores, venenosas insinuaciones, exabruptos, insultos, desprecio y acritud que, en el año 1975, cuando se escribió, debió dejar bien descansado a Thomas Bernhard.

La pareja de monstruos humanos acaba de ver cómo se tambalea el suelo que les soporta porque han sufrido un atentado en una visita a la tumba del

© Joan Tomàs



Francesc Orella y Rosa Renom son la pareja presidencial de esta obra de Thomas Bernhard.

soldado desconocido que ha acabado con la muerte del coronel del presidente y —jentrñable comparación!— con la del perro de la presidenta.

La escenografía sitúa las dos partes de la obra en un ambiente sórdido, enmarcado por unas grises carrocerías de automóviles, aptas para el desguace, destripadas por el atentado, colgadas del techo. Una imagen plástica que la puesta en escena deja a juicio de los espectadores para que la sitúen en el momento histórico que más les plazca,

teniendo en cuenta la universalidad del discurso en boca de sus dos protagonistas.

Sin embargo, ni la presidenta —que es quien abre el fuego— ni el presidente —que es quien lo cierra— están solos en el combate. Como otra metáfora de su poderosa soledad, una serie de personajes les rodean casi sin decir ni pío. A ella, le acompaña la señora Frölich, una asistenta que anda siempre con la antena puesta, miradas de reprobación y gestos de extrañeza, madre de un hijo

que quizá se ha hecho anarquista —ideología temida por el presidente y, sobre todo, por la presidenta— y quien paga los platos rotos de los improperios de la señora que reparte a diestro y siniestro y a partes iguales entre el rostro helado de la paciente señora Frölich y el espejo invisible que tiene mientras se emperifolla mirando a los espectadores y que utiliza como diana de su furia. A él, le apoya la Actriz, una amante que sólo tiene opción de subir de tono a base de copas de cava y de rebatir las barbaridades de su protector con una serie imparable de risas de embriaguez.

La fuerza de los dos intérpretes cuenta con una magnética Rosa Renom que escupe lo que dice, hace muecas con la lengua fuera, como un Einstein femenino, rechaza los vestidos que elige para el acto de estado que le espera, el funeral de los atentados, y llora por su perro muerto. A ello se suma el salvajismo de Francesc Orella, que va estripándose él mismo en una herida interior provocada por la pérdida del coronel de confianza, por el miedo que le asedia y por el hundimiento del imperio que ha creado, paso a paso, a ras del suelo.

A pesar de que el discurso de la obra *El Presidente* podría caer en una especie de tesis política aplicable a cualquier época, el autor Thomas Bernhard lo transforma en una apología hiriente del absolutismo político al servicio de quien lo ostenta.

Andreu Sotorra

Escritor y periodista
colaborador de
Ràdio Estel

andreusotorra@gmail.com

